

Eusebio Ruvalcaba

Retrato y autorretrato

Vicente Quirarte

Autor de títulos como Un hilito de sangre, Desgajar la belleza y Jueves Santo, Eusebio Ruvalcaba ha conformado una obra personal, rica y variada. Vicente Quirarte traza un retrato del escritor mexicano a partir de su nuevo libro, El silencio me despertó, donde se revela su melomanía impenitente, al tiempo que ofrecemos un fragmento en el que escuchamos los preludios de Chopin.

De las invaluable cosas que me dejó mi padre, una de las que más atesoro y agradezco es la fraternidad de Eusebio Ruvalcaba. Alumno del maestro Quirarte en la Facultad de Filosofía y Letras, Eusebio le preguntó dónde podía conseguir empleo. Don Martín le respondió que necesitaba quien lo ayudara a ordenar sus papeles y sus libros. Más estúpidos de lo que somos ahora, mis hermanos y yo agradecemos que alguien llegara a relevarnos de la que entonces veíamos como insostenible esclavitud.

Puntualmente, al filo de las cuatro, Eusebio se presentaba en la casa, sin haber comido y sin decir a nadie que no había comido. A veces mi padre estaba haciendo lo propio. Mi madre, doña Luz, naturalmente, invitaba a Eusebio a sentarse. Él, naturalmente, no aceptaba. Eusebio no olvida que papá comía con delectación contagiosa un arroz colorado que sólo las mamás saben preparar como se debe y que no había coca-cola más fría ni más deseada que la que don Martín Quirarte hacía eucarísticamente parte de sí frente al estoicismo republicano del que iba a convertirse en el primero de sus alumnos.

Me atrevo a contar la anécdota anterior y a invadir la intimidad de Eusebio porque lo pinta de cuerpo entero y porque entre los innumerables libros que ha publicado, *El silencio me despertó* es el más personal y el más completo. Dice la sabiduría popular que primero es comer que ser cristiano. Apenas en sus años veintes, el joven Eusebio desafiaba esa verdad, y por eso ya era lo que es: un ser digno, orgulloso y humilde, que hace el bien sin proponérselo, ama la belleza en todas sus manifestaciones y le exige cuentas diarias al hombre que le ha tocado ser.

Empecé a leer este libro a la luz de un martini. No pude hallar mejor aliado que el agua que corta para entrar en las páginas incisivas y tersas, iluminadas y valientes de su libro. Como no había otra persona en el restaurante, pude subrayar el libro a mis anchas, echarme a gusto mis carcajadas, y dejar escapar alguna lágrima traidora provocada por el libro. Una discrepancia acerca del subtítulo: cierto que *Consideraciones sobre la música, la literatura y cuestiones afines* acota el contenido de esas notas, valga el doble sentido, que hablan de todo lo que el sabio Eusebio conoce y transmite como

el insuperable periodista cultural que ha llegado a ser, pero *El silencio me despertó* es más, mucho más de lo que el subtítulo limita.

Continué la lectura a bordo del vehículo, ya con una técnica distinta: saltar de un texto a otro, explorar los afluentes que cada título promete. Entonces constaté otra de sus características. Si bien cada fragmento tiene como base una entrega o una vivencia en una fecha determinada, su ingreso a la forma de libro no ha sido obra de la recopilación apresurada sino de una calculada estructura. Gran conocedor, escucha y crítico de notas musicales, sabe que la improvisación exige trabajo previo, disciplina tenaz, pasión sin concesiones. Cada página de *El silencio me despertó* parece que se hizo sola, y ésa es una de sus mayores virtudes. Otra de las bondades del libro es que se transforma, sin quererlo, en nuevas cartas a un joven poeta. Eusebio no aconseja sino expone lo que la vida y su enfrentamiento con la ingrata convertida en letras le ha costado. Lee libros no consagrados por el siempre veleidoso canon sino por sus pasiones de lectura. Y lo que es más difícil aún: de vida que merece ser llevada a la página. Al leer el libro me doy cuenta de mi enorme ignorancia musical pero como, gracias a Eusebio, se trata de una enfermedad curable.

El silencio me despertó es una novela, aunque no pretenda serlo. Es la bitácora de un melómano, la geografía etílica de un santo bebedor, la norma de vida de un trabajador incansable que parece no trabajar. Aquí está uno de los secretos de la escritura —no digo literatura porque a Eusebio le disgustaría—. La inevitable Wikipedia afirma sobre Eusebio Ruvalcaba, entre otros datos prescindibles, que es muy seguido por los jóvenes. Oscar Wilde decía que los viejos no saben nada y los jóvenes lo saben todo. Tenía razón. Eusebio es joven no porque persiga desesperadamente serlo sino porque es fiel al muchacho que no puede morir en él: se asombra y se desgañita como lo hacía al jugar frontón con su padre en la pared de su cuarto, ante la invencible y tórrida belleza de una mujer, ante la lección permanente de sus hijos.

No resulta una hipérbole decir que *El silencio me despertó* es la versión, en este siglo XXI y en esta capital mexicana, tan canalla como sublime, del pequeño libro rojo de Mao. El problema es que las dimensiones de este libro —tan bellamente editado por Valentín Almaraz— es su tamaño. En alguna ocasión Eusebio editó un libro de aforismos de Balzac, extraídos de sus cartas y novelas. Propongo al maestro Almaraz que publique un *Pequeño Ruvalcaba* que contenga perlas como las que enuncio:

Los escritores. Siempre díscolos. Siempre envidiosos. Siempre evasivos de compartir la belleza. Porque se asumen como depositarios de ella.

La Invencible, una cantina de San Ángel. Llevo mi cuaderno y escribo un capítulo más de mi novela. Los parroquianos no se inmutan. Soy un pobre diablo escribiendo. No podría aspirar a más.

Mis relaciones con las mujeres son como mis relaciones con las palabras... La única ventaja de las palabras es que no son rencorosas.

Para que un libro gane su derecho a ser vendido tiene que pasar más pruebas que un ron parisino.

Poe Poesía poseía.

El decadente, el más profundo e insondable decadente, es un iluminado. Despide cierta luz que ciega, cierto tufo: la gente le rehúye, sobre todo los triunfadores.

Van estas iluminaciones, entre muchas otras contenidas en un libro que ingresa, ya, a la breve lista de aquéllos dignos de ser llevados a la isla desierta. Una última confesión: no terminé de leer el libro a propósito porque uno de mis temores fue que se me acabara demasiado pronto. Dejé varios textos para acudir a ellos con la devoción con la cual se llega al último trago, con la que San Eusebio asalta su refrigerador para buscar la última torta de bacalao. Fiel al espíritu de *El silencio me despertó*, quise poner punto final a estas líneas amparado por el filo impecable de otro martini, bajo los mármoles mexicanos del Palacio de Bellas Artes. Como esa tarde cerraban a las seis, me refugié en *La Ópera* donde un fugaz hermano de barra me lanzó una frase que puede ser un buen epígrafe de este libro: “Nací para morir”.

Eusebio nos traslada de las cimas más sublimes de la música a la piquera vil donde a la luz del caballo retrocede la sombra. No la bohemia estéril y autocomplaciente: la lucidez de la herida del día o aquella joya de la que somos despojados: paraísos perdidos y epifanías fugaces emanan de cada una de estas páginas por las que agradecemos a Eusebio Ruvalcaba su existencia.

Texto leído en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 10 de abril de 2012, en la presentación de *El silencio me despertó*, de Eusebio Ruvalcaba, Almaqui Editores, México, 2011, 368 pp.